

Llegaron a Ipiales los ecuatorianos, se hospedaron en el mejor hotel de la ciudad y, después de descansar un rato, se dirigieron, en animado desfile, a la gallera.

A la cabeza de ese desfile iba el intendente don Víctor Hugo Narváez, y pasaron por un café, a cuya puerta se hallaba, con un amigo, el inteligente caballero don José Antonio Cerón, persona que goza fama de ser muy ingeniosa y aguda.

El señor Cerón no conocía a don Víctor Hugo, aunque sí sabía que había llegado con sus compatriotas para asistir a las riñas de gallos, y cuando vió aquel regocijado desfile, le preguntó a su compañero:

—Cuál de esos señores es don Víctor Hugo?

—El que va adelante—le respondió el amigo.

—Ah....! Entonces los que van detrás deben de ser “Los Miserables”.

* * *

Salía el general José María Córdoba de Medellín para Ríonegro de Antioquia, a ponerse al frente de sus tropas leales y a organizar la campaña que terminó con el martirio del Santuario; esa campaña nefasta en que el héroe murió felonamente asesinado, muerte de la cual podría decirse, como de la del conde de Villamedina:

“El matador fué Bellido
y el impulso soberano”.

Salía Córdoba, repito, y detuvo su caballo un momento al pie de la casa en donde habitaba su hermana doña Mercedes.

Desde abajo gritó:

—Mercedes, adiós!